



## VALORACION DE LA PAZ

Queremos aquí sumarnos a los que trabajan por la Paz. Pocas misiones hay, en el momento, más urgentes. Pocas causas, también, que requieran una entrega más fervorosa.

La humanidad viene luchando desde el principio de su historia por ciertos ideales que integran actualmente el credo de las naciones civilizadas. En muchos de estos órdenes, se han obtenido ya innegables conquistas. Mucho han conquistado la Libertad y la Justicia desde aquellos tiempos en que dóciles esclavos levantaban pirámides para sarcófagos de reyes. Muy poco en cambio ha progresado la Paz hasta hoy, desde los tiempos de Nínive. En las guerras antiguas morían algunos cientos o miles de combatientes; millones de vidas se pierden ahora en las guerras modernas. No es pues indiferencia hacia otros principios esenciales lo que nos lleva a requerir una mayor atención por los problemas de la Paz. Es que conocemos el camino ascendente que otros ideales vienen recorriendo a lo largo de la historia. Y bien sabemos, en cambio, que la Paz poco ha ganado; bien sabemos que no ha obtenido nunca un triunfo duradero, sino que parece predestinada a sufrir cíclicas derrotas.

Pocas misiones, dijimos, más urgentes. Sucede en efecto que la Paz, por sus características intrínsecas, no admite retrocesos parciales ni oscilaciones de grado. Caben, por ejemplo, infinitos matices entre la libertad y la carencia de libertad. Tales matices son imposibles en el terreno de la Paz: no puede haber más o menos Paz; simplemente hay o no hay Paz. De ahí que debamos cuidar celosamente un retroceso, porque un paso atrás es perderla. La sentimos otra vez amenazada. Hay ya muchos que dicen que nuestra débil Paz actual está en peligro. Tememos perderla de nuevo. He ahí la urgencia.

Sabemos que la Paz es hoy una aspiración de la humanidad civilizada. Es cierto que han existido predicadores apocalípticos que preconizaron la necesidad de la guerra. También conocimos tiranos que exaltaron su lamentable virilidad, y teóricos que han sostenido sus pretendidas ventajas selectivas. Tales excepciones no han podido sin embargo destruir la universal convicción en la superioridad moral de la Paz sobre la Guerra. ¿Por qué, entonces, se encuentra hoy la Paz tan amenazada? Es que la humanidad ha recurrido tanto a la espada para alcanzar sus conquistas, que ha llegado a crear una real interferencia entre la Paz y sus ideales más auténticos. Ha olvidado así que no es por las armas y la revolución sino por la acción persuasiva del pensamiento que se han logrado los mayores triunfos en favor de la Libertad, la Justicia, la Igualdad, la Democracia, y de tantos otros principios éticos y políticos.

Y sucede que, creada esta lamentable interferencia, la humanidad ha sacrificado la Paz por sus otros ideales, especialmente por aquéllos que ejercen un más poderoso atractivo debido a su mayor carga emocional o dinámica. Lo curioso es que a menudo la ha sacrificado tan sólo por la posibilidad, muchas veces remota, de obtener otros valores o una pequeña cuota de tales valores. Esto suele ser desproporcionado. Está dentro de lo razonable decir: "Doy la Paz por la Libertad"; o proponer: "Ofrezco la Paz a cambio de la Justicia". Pero no es eso siempre lo que ocurre, sino que estamos habitualmente dispuestos a canjear la Paz por una mera probabilidad de lograr una pequeña cuota de Libertad o de Justicia. El resultado ha sido que hemos dilapidado muchas veces nuestra Paz, toda nuestra Paz —la del cuerpo y la del alma—, y hemos conseguido en cambio una magra cuota de lo que buscábamos. Esto pasa en la historia con demasiada frecuencia, tanta,

que se encuentra uno inclinado a sospechar que si los hombres canjean su Paz con tal facilidad por diez acres de territorio, movidos por las primeras notas de un himno, o a cambio de un poco más de justicia, la realidad es que no la estiman tanto, o que, en último término, les incomoda un poco llevarla consigo mucho tiempo.

Es que el ideal de la Paz, ciertamente, no despierta entusiasmos. No tiene fragor ni pendones rojos, como la Guerra; ni es implacable, como la Justicia; ni hunde sus raíces en la tradición y en la tierra, como la Patria; ni tiene un ademán heroico, como la Libertad. Los héroes de la Paz no lucen medallas, ni ostentan cicatrices, ni tienen estatuas; casi diríamos que la Paz no puede tener héroes. El heroísmo, en cierto modo, pertenece a un género más espectacular.

Los obreros de la Paz deben en cambio trabajar por conquistas más opacas, menos ostensibles, pugnando por ideales capaces tan sólo de inspirar tibias simpatías, que no han integrado nunca los temas de la épica. Acompañemos esta sacrificada y entrañable misión, propendiendo al desarme moral, a la comprensión, a la tolerancia. Confiemos en los valores pacíficos del alma. Restituyamos a la Paz su olvidada jerarquía. En esta labor, corresponde al pensamiento dar la orientación, la meta, apuntando siempre al ideal fervorosa e indeclinablemente, y corresponde a la fe mantener inalterables el ánimo y el pulso. No importa cuántas veces haya sido derrotado este ideal en los hechos; se trata de demostrar que aun no lo ha sido definitivamente.

JULIO BAYCE

## RECORTES

HENRY A. WALLACE — ("*Una religión práctica en el mundo del mañana*"). — Librería La Aurora, Buenos Aires. — Casa Unida de Publicaciones, México. — Agosto de 1943.)

"Hoy tenemos en el mundo tres grandes filosofías. La primera de ellas, basada en la supremacía de la fuerza sobre el derecho, indica que la guerra entre las naciones es inevitable hasta el día en que una raza superior domine el mundo entero y cuando a toda persona se le señale su tarea cotidiana por un arrogante y autocrático Fuehrer. La segunda filosofía — la filosofía marxista — postula que la lucha de clases es inevitable hasta el día

en que el proletariado domine en el mundo entero y pueda iniciarse la sociedad sin clases. La tercera — llamada por nosotros filosofía democrática cristiana — niega que el hombre fuese creado para la guerra, ya sea entre naciones o entre clases, y postula osadamente que la paz final es inevitable, que los hombres son hermanos y que Dios es nuestro Padre".

ANTONIO HUNEEUS GANA ("Nueva Paz" — Santiago de Chile, 1945.)

"Diez millones de muertos y cincuenta millones de heridos, mutilados, huérfanos, viudas, desaparecidos y vagabundos. Tal es el macabro estrago de la conflagración. Costó diez trillones de francos franceses. Durante el diluvio, refiere el Génesis, las cataratas del cielo se abrieron cuarenta días y cuarenta noches. El cortejo de los muertos por la guerra de 1914 a 1918 tardaría en desfilar de a cuatro en fondo el doble de lo que duró el diluvio, — othenta y un días con sus noches".

JEAN BLOCH-MICHEL ("Documentos" — SUR, Buenos Aires, noviembre de 1946.)

"No creo que la guerra suscite a las grandes almas. ¿Ha revelado hombres la resistencia? Sin duda: pero lo mismo los hubiera revelado la paz; y, si no los revela, quiere decir que sólo tienen cualidades guerreras, o lo que es lo mismo, que no valen nada. Una mujer a quien conocí y que murió en Ravensbruck, decía siempre que sólo en la vida cotidiana se conoce bien a las personas: "en las grandes circunstancias — añadía — es demasiado fácil..."

"PROGRAMA MUNDIAL DE LA UNESCO" — París, junio de 1947.

"La Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) cuesta este año a sus Estados Miembros seis millones de dólares. Es el precio de un crucero ligero, el precio de 10 aviones de bombardeo. Es la ochentava parte del coste diario de la segunda guerra mundial".